



OBRAS Y AUTORES

León Livingstone: "Tema y Forma En las Novelas de Azorín"

Por HERNAN DEL SOLAR

Hay preguntas que echan por tierra los mejores propósitos de un investigador literario. Si comete el error de hacerlas al comienzo de su investigación, queda fuera de ella, y para volver a sus cabales no tiene más remedio que prescindir de toda posible respuesta y seguir adelante con el mismo heroico e ignoto poseer una ciega convicción de mártires.

Vamos al caso. ¡Ay de aquel que al ponerse a estudiar a un poeta o un novelista se pregunta, con torpeza inocente, qué es poesía o qué es novela! No podrá seguir trabajando o lo hará a trececes. Porque ocurre que raras veces a ningún poeta que es poeta, ni qué es poesía. Es decir, el lector lo sabe casi siempre. No se equivoca cuando lee un poema o una extensión y la vez entendida narración. Si se le pregunta, responderá en seguida: ¡es poesía, es una novela.

Pero el investigador literario no podrá decirlo con tanta seguridad. Ha leído tantas contradictorias definiciones de la poesía y de la novela que prefiere cerrar los ojos, hacerse al agua y abogar. Es su única posibilidad de salvación.

La audacia de León Livingstone sobrepasa todo límite. Aquí tenemos su "Tema y Forma en las novelas de Azorín", publicada por Editorial Gredos, de Madrid, y le vamos a leer sólo al final de la obra, después de más de cincuenta páginas de prólogos y de las indagaciones. Cualquiera repare, sin embargo, en los grandes peligros que han procurado atajarle. No sólo ha leído que se asemeja con la novela en general, sino que con la particularidad de Azorín. Hay por el mundo buenos críticos — algunos grandemente severos — que en cuanto oyen hablar de que Azorín es novelista se crispán de arriba abajo y juran por los dioses que en su vida no sólo no disparará mayor. Veamos el porqué de las tremendas convulsiones. Desde luego, los libros de Azorín no tienen corpulencia, son esbeltos, parecen esculturados, les importa paguísimo hablar de los demás, si cuentan una historia la interrumpen de pronto por algo tanuso o para siempre, y estas líneas de párrafos, de pequeñas cosas que por lo general pasan inadvertidas al más oculto observador. En buenas cuentas, son los arrojados de los libros corpulentos, atiborrados de aventuras, reflexiones, suspiros, violencias y pasiones desencadenadas, que pueblan las librerías de este mundo con el nombre de novelas. Las de Azorín pertenecen, como decimos, al lado diametralmente opuesto de la tierra. No obstante, Azorín es de este mundo occidental, pertenece a la gran literatura que se produce en nuestro tiempo, y sus obras no son sino imágenes perfectas de un mundo que conocemos. Copias, no. La realidad de su tierra y de su época le sirve a Azorín de pretexto para construir un mundo propio. Pero, aquí está lo que más importa, este mundo propio es auténtico, lo habra gente verdadera, nos parece con toda exactitud el que nos mira, y al mismo tiempo le advertimos una nobleza, una gracia, una simplicidad encantadora que no habíamos percibido. En suma, Azorín — como gran escritor que es — es hombre que enseña a mirar, a ver. Se le llama novelista o no, para el caso es lo de menos.

No lo es para León Livingstone. Si escribe su libro es para tratarlo como novela, para mostrarlo desprovocadamente que lo es, examinando todos los elementos que sirven a Azorín para la construcción de sus narraciones. Y paso a

280

paso, con inteligencia y caridad conveniente, va señalando los rasgos fundamentales que hacen de Azorín un reformador de la novela. No es un novelista cualquiera, ciertamente, conformista respecto a seguir los cánones ensayados, recitados por otros. Lo que Azorín ha hecho desde el comienzo de su carrera literaria es una búsqueda constante de un tipo de novela que represente plenamente su sentido de la vida, de los amores, de las cosas. Si ha descubierto la trama y la creación de caracteres, no ha sido por incapacidad técnica, como pudo sospecharlo algún comentarista precipitado. Le asiste rácoros muy aladas y bonitas, que León Livingstone exhibe sin pudor, pero con gran conciencia de la literatura, no únicamente la de Azorín y la nuestra. Lo curioso es que cuando se ataca a Azorín por el carácter de personajes podría oponerse a tales ataques a sus libros tan de cara, como Ana Bobbio-Gillet. "Como en nuestros libros no hay 'personajes', en el sentido tradicional de la palabra — escribe el novelista francés — se ha formado sólo aproximadamente a la conclusión de que no hay hombres en ellos. No es no saber leerlos. El hombre se halla en cada página, en cada línea, en cada palabra. Hasta cuando habla una multitud de objetos, y descritos con minuciosidad, siempre hay, y de modo inhumano, la mirada que se ve el pensamiento que vuelve a veces, la pasión que los define... Los objetos de nuestras novelas nunca parecen una presencia fuera de las percepciones, sensaciones, reales o imaginarias; son objetos comparables a los de nuestra vida cotidiana, tal como se hallan en nuestro conocimiento en los instantes".

Un novelista francés considerado de avanzada define así, claro que sin comprometerlo, una importante característica de un gran escritor español a quien, además de no sorprenderse la novela, se le tiene por un viejo de tiempos muy distantes. León Livingstone, conocedor profundo de Azorín, estudia la naturaleza íntima, la estructura externa de sus novelas y, sin que éste sea su propósito primordial, le sirve junto a los experimentadores de la novela de estas cosas, sin que se advierta en Azorín ni decisión ni búsqueda de nuevas. Y una vez más, junto a este libro tan esbelto, queda a la vista que ciertas opiniones adversas acerca de determinados escritores no son sino productos de la ignorancia. Livingstone le veja en su caso respecto a lo que lo ha motivado a repetir sobre Azorín. No estado tiene la importancia de establecer meridionalmente todos los hechos que forman la grandezza de Azorín y dar, a través de pasado, un vistazo retrospectivo sobre la admirable generación del 98.

Modestamente, León Livingstone anota en las páginas finales de su obra: "Si el precedente estudio tiene el aspecto de una franca defensa es porque la intención que le ha guiado ha sido seguir al pie de la letra el concepto eclesástico de la crítica como un 'terceros esfuerzo para patentar la obra elegida', siendo el deber del crítico de juzgar una obra sólo completarla, y por tanto, no desobedecerla". En suma, Livingstone ha conseguido realizar un excelente estudio señalado por la comprensión, el reflexivo análisis, el hallazgo de las normas precisas que han presidido la construcción de su mundo azoriniano. Formas, estructuras, estilo y espíritu con profunda cordialidad. De aquí, el lector puede concluirlo.

El trayecto de Azorín [artículo] Darío de la Fuente.

Libros y documentos

AUTORÍA

Fuente, Darío de la, 1922-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1984

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

El trayecto de Azorín [artículo] Darío de la Fuente.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile